

DIVAGACIONES SOBRE EL FOLKLORE

Por EFRAIN GOMEZ LEAL

Constituye un axioma el decir que el alma verdadera de un pueblo se muestra en sus manifestaciones autóctonas, en sus expresiones sencillas y espontáneas del Arte. La música, con sus sonos arrancados a los instrumentos de cuerda, al "capador", la ocarina o la flauta de caña; el baile de típica coreografía en movimientos y decorado de vestuario; el cuento o las leyendas relatadas al filo de la noche por labios campechanos, y las coplas o tonadas dichas con rústico cántico sentimental en los oídos del aire, por caminos, veredas y ventorrillos, constituyen esa alma folklórica de la raza, intrínseca de su esencia profunda, indestructible por los convencionalismos urbanos y por su mecánica de materialismo económico que trata de ahogar en su practicismo la riqueza espiritual del hombre.

La humilde fantasía de nuestros campesinos ha creado su mundo suprarreal de la fábula o la leyenda con sus duendes, moflanes, lloronas y mancaritas, extraños habitantes de los montes, que suelen visitar las chozas para llevarse a los niños desobedientes, raptar las muchachas enamoradizas o, como en el caso particular de la Llorona, recorrer la quebrada en donde se cometiera algún legendario infanticidio. ¿Fixión de la mente o realidad? Lo cierto es que en el campo se suceden de noche cosas que pudiéramos llamar fantásticas: vuelan sobre los árboles animales que gritan y se ríen, se encienden luminarias gigantes que ruedan; desaparece de cuando en vez una persona del lugar, o, por temporadas, grita sus alaridos tremendos una mujer en el lavadero de la vecina quebrada. Ya el peregrino de Alpha recogió en las tierras norteñas, durante su viaje de fecundo acervo costumbrista, diferentes relatos dados por verdaderos que concuerdan con el común fabulismo tropical del vulgo. Estos endriágos ficticios o verdaderos, bien pueden caber dentro

del significado que envuelven algunos pasajes de la Sagrada Biblia en que se habla de que todas las verdades gentílicas son demonios (XCV, 5 del libro de los Salmos); y la epístola de San Pablo a los Efesios (IV, 12) en donde se afirma que por los aires vagan espíritus malignos.

—¿Qué es la Mancarita?, preguntóle don Manuel Ancizar a un habitante del páramo, anciano labrador que se apresuró a contestarle: —Dicen que es un salvaje que imita la voz del hombre, los gritos de la mujer y el llanto de los niños para engañar y atraer a la gente, y llevársela donde nadie pueda saberlo, porque regularmente anda de noche y en la espesura de los bosques...

La literatura de todos los países ha sido bastante pródiga en esta clase de reminiscencias de la leyenda. Así, por ejemplo, encontramos en la Balada del Rey de los Elfos, de Goethe, tratado el tema de los duendes que raptan a las gentes. Igualmente lo consigna con gala de inventiva en sus obras el irlandés folklorista Yeats, y Samuel Ferguson en su Historia de Ana Grace. Estos endriagos tienen también su natural parentesco con los creados por Edgar Allan Poe en sus "Cuentos Extraordinarios". Tan frondosa temática sería motivo de un largo y precioso estudio en lo que se relaciona solamente con nuestras leyendas, a las cuales habría que aplicar el método analítico de A. Van Genep, autor del libro "La Formación de las Leyendas".

*
* *

Las pasiones humanas con su gama de felicidad y dolor; la ingenua dicha que se arropa en el lento discurrir de las horas del campo, y en general todo aquello que hace parte del lirismo y emotividad del pueblo sensible a la inspiración artística, capaz de transformar el limo de la vida en oro de belleza emocional, son la fuente inagotable en que nace voluptuoso y constante el estro popular. De todas las manifestaciones artísticas que redimen al hombre de la materia, es, quizás, en las coplas en donde se patentiza mejor su delicadeza espiritual y se define su carácter al reflejar extrovertida la reacción anímica que le producen el heroísmo, la superstición, la alegría, el dolor, el cariño, la piedad y las cosas tangibles que le rodean. Sobre todo en el hombre del campo se halla étnicamente ubicado este poder trascendental de expresión, como si el mismo ambiente en que vive le prestara mayores calidades de belleza, comprensión y senti-

miento. El, sin saberlo, ha cultivado la técnica de la literatura preceptiva con la misma metodología que emplea cotidianamente en las labores del surco y pone en sus cantares lugareños, acondicionado todo poéticamente con troponimia regional, ritmo, literatura, música, intención y afecto.

En nuestro país existe una variedad asombrosa de muestras folklóricas que corresponden sin duda a la personal anatomía sociológica de cada región, caracterizada por sus bailes, sus cuentos y leyendas y sus cantares. En las costas del Caribe y del Pacífico, se oye cantar al negro con dejo nostálgico su extenso coplero de mar y luna, que es la remembranza musical del tambor y el látigo de los galeones negreros. El són de sus tonadas se va perdiendo, o mejor, transformando a medida que se interna en el país, que llega a otras regiones en donde vive el mestizo indo-hispano. Los puertos del Magdalena y las minas de Antioquia y el Chocó, son la última reminiscencia de ese són marineramente de ayes, gritos y sóngoros cosóngoros. En los campos de Boyacá, Tolima, Cundinamarca, Arauca y los Santanderes, la copla se produce con un sabor menos amargo, más amoroso y telúrico.

El campo tiene preciosos motivos de inspiración: los bueyes de yunta, el perro cuidandero, el caballo, el jardín poblado de clavellinas y pensamientos, la mujer amada, el cielo, los frutos de la tierra, el panorama con el río y la fuente bochinchera. También lo inmaterial: el valor, el sacrificio, la fé religiosa, el amor. Todo esto, trivial o trascendental, pone fuego en el corazón del labriego y calor de poesía en su garganta. Así, en medio del verdor de los labrantíos, bajo los aleros pajizos de los trapiches y en los humildes patios a donde baja la luna exultante y nítida, la copla brota para cantar lo que el hombre siente y piensa, con tonalidades brillantes o melancólicas que llegan al subconsciente de quienes la escuchan; toma sitio en los corazones amigos y va diciendo en delicadas rimas de marcada intención psicológica, la historia de los amores traicionados, el idilio valeroso y fidelísimo, la belleza bucólica del paisaje, el esfuerzo o las penalidades del trabajo, la virtud curativa de la Yerba-buena y la Mejorana, o la sátira que se inspira en el coto o los defectos físicos del hombre.

Nada tan distractivo y alegre como una fiesta campesina. El espíritu se abstrae admirativamente y se llena de emoción ante el espectáculo que ofrece el holgorio rústico.

Al caer de la tarde, en fecha especial, las familias se reúnen en el marco de un espacioso patio. Las sombras de la tarde van ocultando en su creciente dominio el colorido impresionista del campo. La noche llega siempre precedida de melancolía gris que agoniza al fin bajo el peso de la obscuridad, con ruidoso frú-frú de hojarasca y sonata de grillos. Hay luégo silencio, quizás el chasquido de una rama seca que se quiebra y cae a lo lejos entre los árboles, la alharaca de una gallina que se lleva el zorro o el grito perdido de la Mancarita; pero no es hora de leyendas y cuentos, sino de música y cantares. Aquello es el preludio de los sonidos que se acercan, que están ocultos en la garganta de los tiples y de los festejantes.

En el corro de los amigos se habla familiarmente y se reparten con profusión sendos vasos de aguardiente o masato. Ante el chisporroteo de las velas de sebo, las mozas vivarachas y alegres retocan su presentación con displicente coquetería, trenzan sus peinados y, solícitas, cuando llegan los labriegos jóvenes se apresuran a dejarse saludar con ruboroso semblante. Todos son compadres entre sí o ligados por afinidad de las costumbres rurales con lazos de amistad sincera. El clima febril de la fiesta va tomando carácter. Menudean los chistes, hay miradas que se encuentran y se funden, furtivos besos y manos acaloradas, suavemente rústicas, que se estrechan. Los tiples y requintos comienzan a ser templados, las claves precisan las modulaciones de las cuerdas y las maracas ensayan con tembladora algazara de pepas el compás del torbellino o del bambuco.

Con las primeras piezas queda totalmente saturado el ambiente de alegría, entonados los ánimos y feliz el espíritu, como para recibir triunfalmente las sonrisas y muestras de cariño el regalo de coplas de Felipe, el cantador de la comarca, que irrumpe con su tiple, se arrisca el sombrero de jipa, arregla la posición de su fiel compañero el revólver, dobla la cabeza hacia la izquierda en amoroso gesto de arrullo para el instrumento y rasguea por fin, con la sabia mano las sonoras cuerdas; toca el estribillo musical y pisa las últimas notas con su cantar:

Hasta media noche duermo
y me la paso soñando
que me he de ver en tus brazos
como el frisol enredando.

Hasta media noche duermo
y diay se me espanta el sueño
solo al considerar
que estarás con otro dueño.

El coro de una carcajada colectiva remata estas coplas iniciales. Viene una ronda de tragos, un entreacto de solicitudes para el coplero, quien no se hace de rogar y prosigue con su segunda "tanda":

En el otro lao del río
tengo tuá mi parentela:
mis parientes y cuñados
y el chicharrón de mi agüela.

Por esta calle me voy
y por la otra doy la vuelta;
la chatica que me quiera
que tenga la puerta abierta.

Decime vidita mía,
decime por vida tuya:
si para pasar el río
será menester cabuya.

Tus ojitos son el río
y tus brazos la cabuya;
tu corazón la ladera,
tirame por vida tuya.

El valor de mi compadre
es valor tan de lo jiero
que cuando se topa solo
él mesmo se tiene miedo.

No liase que sea cotuda
que yo con ella me caso;
en el coto no hace fuerza
sino es en el espinazo.

En el otro lao del río
tengo tuá mi parentela:
un Sanantonio de queso
y una virgen de panela.

Si yo fuera pajarito
a tus hombros diera un vuelo;
te picara el corazón
y así seguiría hasta el suelo.

Al monte me juí por leña
y llevé un cuchillo suco;
me topé a Juana María
y del gusto nian se supo.

Yo no soy de por aquí
yo soy de Pantanoviejo;
no me creció más el coto
porque no alcanzó el pellejo.

El repertorio es largo. Unas tras otras las coplas van desfilando en medio de la expectativa del auditorio. El cantador está inspirado con la acogida que le deparan sus amigos. Resuelve por fin descansar para dar lugar a que prosiga el baile y la fiesta depare a los concurrentes la distracción y la felicidad requeridas.

Bien avanzada la noche, el coplero vuelve a la palestra para cerrar la fiesta y sale con su propia cosecha poemática en décimas con estrofas aconsonantadas que se prestan para el relato romancesco, o remata con coplas individuales de pié forzado como éstas:

Por esa lomita abajo
iban dos almas perdidas;
si no sabían el camino
paqué se fueron por ahí...

Por esa lomita abajo
iban dos toros peliando;
el uno era colorao
y el otro apretó a correr...

Detrás del cantador que se aleja por el camino del barbecho, siguen los parroquianos del campo persiguiendo la música de las tonadas que se adentra al sueño. El eco trae por entre las sombras las últimas cánticas:

Por esa lomita abajo
iba un gato sin calzones
con dos bolas en la mano
diciendo: pares o nones...

Un cotudo se murió
y otro le cantó el entierro,
y otro cotudo le dijo:
Andá cotudo al infierno...

*
* * *

Los cantares de nuestro pueblo son, así pudiera decirse, la geografía vernácula del país, sólo configurada auditivamente. La copla nace en cada departamento de la misma fuente sentimental, se configura con los mismos elementos internos y externos, pero difiere sustancialmente en su categoría musical, literaria y emocional. Entre dos grupos de cantadores rústicos pertenecientes a distinta región, no existe diferencia mayor en materia de inventiva y arte, pero sí en modalidad de expresión, en intención de la copla, en su carácter que se confunde con el pretérito legendario de la sangre. Así, por ejemplo, el campesino boyacense comunica sumisión y fragilidad de sentimiento a sus coplas, cosas que son en él delicadeza, amor sutil por las cosas de la vida, aun por el dolor mismo, esencia de la resignación chibcha. El santandereano se vuelca en franqueza para decir lo que le viene en gana en frases aceradas que suenan a discordia muchas veces, como si aún en la estructuración de la copla cupiera para él el sentido estético de su ánimo resuelto y combativo. El tolimense y el vallecaucano, ponen gracia y plumaje a sus cantares que se riegan aladamente como golondrinas en la noche. Y en todas partes, con el folklore boyacense a la cabeza, están las manifestaciones del arte autóctono y sencillo, diciendo de la exuberante riqueza espiritual de nuestro pueblo.

I

Esto dijo el pollo chile
cuando lo estaban pelando:
—Echeme el agua caliente
que me estoy emparamando.

II

A Dios le tengo pedido
y a las ánimas benditas
que mi mujer y su suegra
se quieran como hermanitas.

III

Una niña me dio un beso
y su madre se enojó;
devuélvame la niña el beso
a ver si me enoja yo.

IV

Allá arriba en aquel alto
tengo una mata de aniz;
al que pase por encima
se le seca la... nariz.

V

Al monte me juí por leña
y llevé un cuchillo suco;
allí topé a María Antonia
y del gusto nian se supo.

VI

No es deshonra tener coto
para tocar el violín
porque sirve de cojín
y hace menos alboroto.

VII

Yo no soy de por aquí,
yo soy de Pantanoviejo;
no me creció más el coto
porque no fui más pendejo.

VIII

Por esa lomita abajo
iban dos toros peliando,
el uno era colorao
y el otro salió corriendo...

IX

Mi chatica es muy bonita
sólo le falta un detalle:
no tiene los ojos negros,
pero yo se los pondré.

X

Ah malaya cuatro riales
y un caballito ligero
para sacar a mi china
del sitio del Lavadero.

XI

De todos los animales
yo quisiera ser el zorro
pa cargarme las gallinas
y dejar el gallo solo.